

## Los libros son cenizas susurrantes

Una tarde que paseaba por Madrid, entré al Palacio de la Música de la Gran Vía a ver la película de Almodóvar, *Volter*, que acababa de estrenarse. Pronto comencé a percatarme que no había gran diferencia entre lo que se narraba en la pantalla y lo que sucedía en la sala del cine. A semejanza de Nuria Amat, la frontera entre ficción y realidad tiende a desdibujarse con facilidad, pero también estoy convencida de que mi percepción de España como una gran familia bullanguera y belicosa no está del todo errada. volví a percibir esta misma sensación leyendo la novela *Amor y guerra* que reconstruye algunos de los episodios más complicados y crueles de la guerra civil, sobre todo a causa de la lucha intestina entre comunistas y anarquistas. La fraternidad ideológica desgraciadamente acarrió fracturas tan cruentas y duraderas como las disputas entre hermanos de una misma sangre. Los hechos que Nuria Amat evoca en su ficción son conocidos desde hace tiempo y, no obstante, siempre despiertan la misma indignación a pesar del paso de los años. Lo que en cambio resulta novedoso es la visión de este período a través de una familia o, digámoslo de una vez, de la familia de

Nuria Amat, perteneciente a la alta burguesía catalana. No sé hasta qué punto la novela se inspira en los hechos vividos por esta familia, pero una acotación de la narradora daría a creer que fue bastante fiel a una verosimilitud a un tiempo privada y pública. Dos personajes de su novela -uno histórico: el general Vicente Rojo, el otro ficticio: Arturo Ramoneda- no pudieron coincidir en la realidad y, sin embargo, ella los reúne en un párrafo que juega precisamente con su imposible contigüidad: "General y preso no se conocían, ni tampoco cabía la posibilidad de que fueran a encontrarse nunca, a no ser que un escritor demasiado audaz en sus visiones novelescas brindase a ambos la oportunidad de cruzar sus vidas en la geografía bélica." Así, Nuria Amat renuncia a la tentación en nombre de una lealtad a la historia que pone por encima de las audacias de la ficción.

Resulta más insólito aún descubrir que Ramón Mercader, "el legendario asesino" de Trotski como ella lo llama, formaba parte de esta familia tan noble por sus personajes tradicionales como por los rebeldes traidores de su clase social. Se advierte que a Nuria Amat le gusta ir a contrapelo de los tópicos al mostrar el revés de las figuras históricas, su sombra negra o blanca, y al recrear la otra cara de las épicas en las que suelen acabar las versiones fatigadas de los héroes de todas las guerras. Lejos de pretender redimir a Ramón Mercader, el solo punto de vista que Nuria Amat escogió para narrar esta saga hace que uno se sorprenda al descubrir a un Ramón Mercader galante, "con sus botas de piel reluciente, sus dientes

blancos y el uniforme militar impecable pese a las detonaciones y penurias propias de la guerra”, y de quien están enamoradas todas las mujeres de Barcelona, como se le advierte a su prima Mercedes, la más empeñada en la devoción amorosa. En cambio, la familia tenía menos dudas acerca de Caridad Mercader, la Medea estalinísima, a quien tildaba de “enferma mental”, ahorrándole así peores calificativos que, sin embargo, convendrían mejor a esta personalidad perversa y sañosa. Cuando Ramón Mercader cae preso de la justicia mexicana bajo el alias de Jackson, cuenta Nuria Amat que la familia decidió de común acuerdo mantener oculta la identidad del asesino de Trotski por no mancillar el apellido “originario de una familia clásica, honesta, católica y catalana”. Los familiares oscilan así entre la vergüenza de tener a un asesino en el árbol genealógico y una pizca de orgullo por la duradera celebridad que la víctima le confiere al victimario. Sin embargo, esta vicaria celebridad no alcanza a opacar a las verdaderas protagonistas de *Amor y guerra*, que son las mujeres. No en vano asegura Nuria Amat que a la pregunta “¿La literatura tiene sexo? Yo siempre tiendo a responder que varios y de todo tipo.”

En las heroínas y, sobre todo, en Valentina Mur, la gran insumisa de esta historia, Nuria Amat cristaliza un problema que habrá sido un hondo dilema de muchas de las defensoras de la República española. Al regresar de Mallorca donde las fuerzas republicanas se ven derrotadas por los franquistas, Valentina Mur “comprendió, de una vez por todas, que su misión en el mundo no consistiría en

matar (...) Ésa era la mejor lección que había aprendido después de vivir codo a codo con personas capaces de dar la vida por una idea pero propensas también a una conducta depravada en demasiados casos.” Pese a la ambición de Dolores Ibárruri, la Pasionaria, por formar batallones de mujeres dispuestas a luchar a brazo partido contra los fascistas, la novelista subraya la incongruencia experimentada por las mujeres más valientes en dar la vida por una idea y a veces tener que quitarla por la misma idea. Tan siente el dilema irreconciliable, que en un pasaje de la novela tiene que escribir “una soldado” (p.185), porque no existe un femenino para esta obediencia ciega en el oficio de guerrear y de matar. Así sugiere Nuria Amat que la heroicidad de sus mujeres durante la guerra reside más bien en asegurar la perpetuación del amor en medio de tanta destrucción y odio.

Ésta sería, digamos, la novela que en apariencia escribió Nuria Amat con el ambicioso título de *Amor y guerra*. Pero me atrevería a aventurar que, debajo de esta historia legendaria y épica a su manera, Nuria Amat tejó otra novela, otro drama oculto al igual que sus personajes en desvanes o azoteas, incluso diría a imagen y semejanza de su biblioteca sin ventana, de ese vientre materno tapizado de libros en previsión de una eternidad bajo tierra. Es, por lo demás, la novela que está escribiendo incansablemente bajo el disfraz de situaciones diversas y con títulos disímiles: la novela de su orfandad. Se me figura que creó a la entrañable Valentina Mur de *Amor y guerra* para resarcir la ausencia de la madre, dándole así

una existencia trágicamente heroica, y también para darse a luz a sí misma en la hija que Valentina entrega al mundo antes de morir, esta Frida tan parecida a la escritora: “la niña salió estudiosa y rebelde. Lectora y respondona. Voluntariosa y mitómana. Buena e irreverente”, escribe Nuria Amat a modo de retrato y, pienso yo, de autorretrato. El padre de Frida, bautizado en la novela como Arturo Ramoneda, se parece inequívocamente al padre que transita *La intimidad*, otra novela de Nuria Amat, de sesgo más autobiográfico aún. “Tan sólo quería vivir para mantener en vida la ausencia del ser amado”, es una frase que podría figurar en ambas novelas y resumir el drama de un mismo hombre. Nuria Amat cifra el dolor de la orfandad, ese “turbio vacío”, en un misterio que, me temo, no cesará de desentrañar en cada una de sus ficciones: “Y nada hay más misterioso en el destino de un ser que la búsqueda de un retrato desconocido.” Pensemos, por un instante, en el huérfano Gérard de Nerval quien conocía de su madre tan sólo un retrato pintado en un medallón. “Prefería imaginarla de noche, bajo la luz de la luna y acostada de lado, como duermen las mujeres cuando sueñan que son felices”, escribe Nuria Amat a propósito de otro personaje, pero me gustaría atribuir esta hermosa frase a la imaginación de la muerte.

La orfandad, dice Nuria Amat, es una condición que suele dar nacimiento a un escritor. “Yo sería escritora para comunicarme con mi madre”, confiesa Nuria Amat en *La intimidad*. En su biografía de Juan Rulfo, apunta al respecto: “La orfandad instala una ausencia y el escritor

nace de esta ausencia”. A esta vida sellada por el silencio de la ausencia, se suma *Todos somos Kafka*, y acerca de estos dos inspiradores de vida y de escritura, Nuria Amat comenta en una entrevista: “Kafka y Rulfo eran enfermos del alma. Se sintieron condenados desde que eran niños e hicieron de la escritura su familia y salvamento”.

En otra ocasión, Nuria Amat aseguró: “Se analiza cómo los recuerdos se convierten en fantasías, pero muchos menos cómo las fantasías se convierten en recuerdos”. El meollo de *Amor y guerra* trata de esta transmutación y con ella, del asombroso poder de la imaginación para sobrevivir a los peores desastres, así como a los pequeños desastres cotidianos.

Fabienne Bradu

Marzo 2012